

anteriores emperadores habían desechado. Trajano recupera, según Plinio, la libertad del antiguo régimen de la República (*libertas reddita*) y supera los *exempla* republicanos. Se habla de una vuelta a los valores de la República, pero no de una vuelta a ese sistema político. Es decir que no se cuestiona la necesidad del emperador como líder individual, y se orientan los esfuerzos hacia la formación de un ‘modelo de gobernante’ como Trajano, al que se llama *Optimus*, convirtiéndolo así en un *exemplum* para los futuros emperadores.

En el quinto y último capítulo Gowing orienta su atención hacia las obras arquitectónicas romanas. Parte de la consideración de la ciudad de Roma como un ‘tapiz de la memoria’ en donde las construcciones antiguas no se destruyen, sino que se reforman y se remodelan en cada nueva época. Este fenómeno es análogo al fenómeno literario analizado en los capítulos anteriores por el cual la memoria del pasado sufre progresivas transformaciones y manipulaciones en un verdadero proceso de metamorfosis. A manera de ejemplo el autor señala el significativo desplazamiento del núcleo político de la ciudad desde el primitivo *Forum Romanum*, símbolo de la República y de su política participativa, hacia el *Forum Iulius* (foro de César), el *Forum* de Augusto, que presenta el Principado como continuación y culminación de la República, y, finalmente, hacia el *Forum* de Trajano en el que los íconos de la República son reemplazados por los íconos del Principado, y la figura del emperador se celebra con un personalismo explícito e intensificado. Este fenómeno, evidenciado tanto en la literatura como en la arquitectura, manifiesta el complejo proceso de individuación del Imperio, la construcción de su propia identidad a partir de su progresiva separación del pasado republicano.

Valiéndose de un preciso y sutil análisis de textos y monumentos el autor brinda en este volumen una perspectiva notablemente clarificadora acerca del empleo de la memoria en el mundo romano y acerca de la interrelación de dos épocas, República e Imperio temprano, a través de los complejos senderos del recuerdo y del olvido.

María Luisa LA FICO GUZZO
Universidad Nacional del Sur (Argentina)

GUIDO M. CAPELLI, *El humanismo italiano. Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, 294 págs. ISBN: 978-84-206-4880-4.

Una síntesis bien hecha sobre cualquier periodo o ámbito de la historia y la cultura constituye siempre una delicia para el lector: no sólo ahorra el arduo

trabajo de juntar un rompecabezas de especialidades eruditas, sino que presta en principio dos grandes servicios, el de ofrecer un panorama suficiente para el lector aficionado y, al tiempo, el de conferir un punto de partida global sobre el que apoyarse para ulteriores indagaciones. Por otro lado, el buen trabajo de síntesis entraña también una extrema capacidad en quien lo aborda: se le supone un vasto conocimiento de todos los asuntos tratados, pero se le requiere una aptitud idónea para ser capaz de compendiarlos sin obviar lo importante ni parecer demasiado prolijo en aspectos menos necesarios. Es, pues, una empresa dificultosa de llevar a término, pero muy agradecida para sus destinatarios. El libro de Guido M. Capelli que aquí nos ocupa cumple de algún modo con semejantes presupuestos, si bien cabe efectuar algunas observaciones (pues que de reseña crítica se trata) que hemos ido anotando a lo largo de su provechosa lectura.

Como ya indica el título, el autor establece unos límites bien precisos en su monografía: se trata de compendiar el llamado *primer humanismo* italiano, tomando por límites extremos de uno y otro lado a Petrarca y Valla. Parece admitido que hacia 1460, por poner una fecha aproximada, ese humanismo primero que buscaba la renovación de la cultura y, por tanto, de la sociedad de su tiempo a través de una *renovatio* de los estudios y los intereses literarios y gramaticales fundados exclusivamente en las fuentes clásicas fue convirtiéndose poco a poco en un movimiento especializado, más puramente filológico, en un “humanismo académico y técnico” que ya no pretendía un cambio en las mentalidades y las estructuras sociales, sino que, por así decir, se volvió un fin en sí mismo. Las limitaciones cronológicas, en cualquier caso, son siempre problemáticas por difíciles de mantener, y aquí el autor se ve a menudo sometido a sus presiones, de modo que en algunos casos respeta con escrúpulo el límite final del periodo (Florencia, Roma), pero en otros, amparándose en una discutible “linealidad” del humanismo en diferentes zonas italianas (Venecia, Milán, Nápoles), salta sin problemas a la segunda mitad del siglo XV, es decir, a la época en que el humanismo era ya “académico y técnico”. Si se incluye a autores como Filelfo o Beroaldo, ¿por qué no sabemos nada de Poliziano o Cortesi? Son los problemas que crea, a veces sin solución posible, plantearse unos límites demasiado estrictos.

El plan sintético, en todo caso, resulta atrevido y, por ello mismo, atractivo: se busca una “síntesis” que ofrezca una “sistematización de conjunto” apoyada en un “criterio *mixto* de exposición”. Tal *mixtura* incluye una necesaria hilazón cronológica acompañada de una “subdivisión temática” selectiva (“toda síntesis implica siempre una selección”) y articuladas ambas en torno al “perfil de algunas grandes figuras paradigmáticas de intelectuales”. La narración, asimismo, se va desarrollando por áreas geográficas caracterizadas por un humanismo más o menos homogéneo y hasta cierto punto diferenciado (Florencia, Roma, Venecia, Milán, el área padana, Nápoles), hasta culminar en quienes el autor considera los dos humanistas más importantes del periodo: León Battista Alberti y Lorenzo Valla. El

arranque, en todo caso, parte de Petrarca, “padre fundador del humanismo” –según el autor– y cuya *herencia* vertebraba en realidad el contenido del libro en su conjunto, pues vendría a constituir el cimiento que sostendría el edificio humanístico de la primera mitad del siglo XV.

Pero Petrarca no nace de la nada ni es un *milagro* de la cultura. Quizá por eso el autor debería haber insistido algo más en el “humanismo paduano” (expresión que abarca las primeras manifestaciones humanistas que se dieron en algunas ciudades del norte italiano a finales del siglo XIII) como asiento que habría permitido la labor de Petrarca. Algo se dice en el prólogo, pero no se insiste lo suficiente en su importancia, cada vez más reconocida por la crítica, que ya no habla de “prehumanismo” o “protohumanismo”, sino directamente de primer humanismo, caracterizado como un movimiento urbano, laico, patriótico, estético y literario de base eminentemente clásica⁴. A tal respecto, podría añadirse otro asunto de gran trascendencia: para que el lector lo tuviese claro desde el comienzo, debería advertirse y hasta enfatizarse que el humanismo, a pesar de sus propósitos de ruptura con la cultura medieval y en especial escolástica, no consigue nunca deshacerse de su influencia: es más, el humanismo en sí no se entendería sin los siglos finales de la Edad Media, lo que se aprecia sobremanera en la misma lengua latina, base de todo el entramado cultural del momento; como bien decía Silvia Rizzo hace ya unas décadas, el latín humanístico “se injerta naturalmente en el tronco del latín medieval, de manera que los vínculos de continuidad entre ambos latines son más fuertes de lo que estaría dispuesta a reconocer una crítica demasiado influida por los propios humanistas”⁵. Del mismo modo, el humanismo fue la corriente cultural y pedagógica más significativa del Renacimiento, pero no la única ni la más extendida, pues el ámbito universitario tradicional (París, Oxford, Bolonia, Salamanca) se mantuvo a menudo impermeable a su influencia y, a finales del siglo XVI, consiguió desplegar una renovada pedagogía escolástica que abriría el camino hacia el Barroco.

Sea como fuere, el tratamiento de Petrarca –punto de partida de la obra– sería fiel reflejo de la capacidad de síntesis de Capelli: en muy pocas páginas sabe tratar los asuntos fundamentales del humanismo petrarquesco y dejar al lector una cumplida imagen de su significado cultural. Quizá lo menos estudiado sea su postura literaria, su escritura latina y sus opiniones sobre el estilo y la *imitatio*, de tanta trascendencia después en las discusiones humanísticas sobre el asunto, cuando se le censuró por demasiado *medieval*, pero se le usó siempre para argumentar tanto a favor del eclecticismo imitativo como incluso del ciceronianismo.

⁴ Así se concibe, por ejemplo, en la gran obra R. G. Witt, *In the Footsteps of the Ancient. The Origins of Humanism from Lovato to Bruni*, Leiden-Boston-Colonia 2000.

⁵ Cf. S. Rizzo, “Il latino nell’umanesimo”, en A. Asor Rosa, ed., *Letteratura italiana*, vol. 5, *Le questioni*, Turín 1986, 381.

Uno de los logros innegables de este libro estriba en la importancia concedida a los *contextos*: según se van abordando las diferentes zonas geográficas se traza una sucinta relación de su situación política, social y cultural, lo que permite sin duda una mejor comprensión del fenómeno y un enfoque, no siempre contemplado, que insiste en la relación estrechísima entre humanistas y príncipes. En esto, sin duda, la presente obra es un modelo, pues deja bien clara la mutua utilización entre humanistas y poderosos y llega incluso a sugerirla como explicación de la vigencia y la importancia que llegó a alcanzar el movimiento. Si los príncipes se dieron cuenta enseguida de que la cultura humanística les servía de propaganda y, por tanto, de sostén político (los Medici en Florencia, los Papas en Roma, los Szorfa y Visconti en Milán, los Este en Ferrara y, sobre todo, Alfonso el Magnánimo en Nápoles), los humanistas aprovecharon la ocasión para influir al máximo en la vida *civil* de su tiempo y dedicarse a sus preferencias y objetivos con el amparo material de los poderosos.

La síntesis de la primera parte de la obra (Florencia, Roma y Venecia) resulta realmente esclarecedora desde el punto de vista aludido. No sólo se dibuja muy bien el *ambiente* cultural de tales zonas, objetivo primordial de Capelli, sino que se efectúan perfectas sinopsis de los autores más destacados: Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini, Biondo Flavio o Francesco Barbaro. No obstante, hay algunos aspectos de suma importancia en la época que aquí quedan quizá algo diluidos: si consideramos que, en la práctica, la literatura humanística siguió tres fases fundamentales respecto a los textos clásicos (descubrimiento de códices, tratamiento crítico e imitación literaria), en la obra tan sólo se incluyen leves alusiones al respecto sin valorar su trascendencia. Al hablar del humanismo florentino y romano, por ejemplo, se debería haber insistido mucho más en el redescubrimiento de textos clásicos y en las auténticas *redes* de bibliófilos que se llegaron a crear en la época, con intercambios epistolares tan detallados que nos permiten fácilmente su reconstrucción de una forma fidedigna. Asimismo, la labor filológica de los humanistas experimenta una evolución a lo largo del siglo XV que también se podría haber destacado con mayor detalle: desde la copia/enmienda de Bruni, Poggio, Decembrio y otros muchos a la consciente distinción entre *collatio* y *emendatio* que se aprecia ya, por ejemplo, en Lamola y Valla (y que culminaría más adelante en la sabiduría filológica de Poliziano). Por último, un asunto apenas destacado y tratado de forma poco ordenada es también la discusión humanística sobre teoría literaria que, si adquirió mayor importancia a finales de siglo XV y comienzos del XVI, puede rastrearse ya en Petrarca y su tiempo (recuérdese, a tal respecto, la polémica entre Salutati y Bruni a propósito del encabezamiento clásico de las epístolas). En todo caso, es ésta una clara muestra de cómo, en efecto, sintetizar es seleccionar.

En la primera parte, al hilo del humanismo *geográfico*, Capelli decide añadir un par de temas de suma importancia: la introducción del estudio del griego en Italia y la nueva educación humanística. En el primer caso, aunque se obvian los intentos

previos a Crisoloras, la explicación queda muy ajustada y ponderada (lástima, no obstante, la mala transcripción castellana de los nombres griegos). Respecto a la nueva educación, asistimos a un capítulo fundamental que explica la expansión y difusión definitiva del humanismo: aunque entró con lentitud en algunos centros universitarios, el movimiento se difundió sobre todo en escuelas particulares, como las de Guarino de Verona o Vittorino da Feltre. Pero aquí es preciso aludir a algunos desajustes o, si se prefiere, a ciertas asimetrías: si Guarino se estudia muy bien en esta parte, aun siendo el “auténtico motor de la cultura ferraresa” (y, por tanto, su figura debería *repetirse* en el apartado dedicado a Ferrara), ¿por qué no se hace lo propio con Barzizza, uno de los grandes educadores y difusores escolares del humanismo, cuyo tratamiento se deja para el ambiente milanés? Traiciones del método, nuevamente, aunque sin duda disculpables.

En la parte romana se encuadra a Poggio Bracciolini, que también anduvo por Florencia y Nápoles, y se da una muy cumplida síntesis de su significado intelectual, tan importante no sólo en lo filológico, sino también en lo filosófico, de habitual menos destacado. No obstante, en su perfil lingüístico hay una afirmación que quizá convendría matizar: cuando el autor dice que en las cartas a Niccoli el modelo poggiano es Cicerón, es preciso advertir que justo es en sus epístolas donde Poggio da muestras de su latín más coloquial y extemporáneo⁶ y que su ciceronianismo, en todo caso, es una opción teórica (*método subjetivo* de Sabbadini) que no se cumple en su práctica literaria, de lo que se dieron cuenta ya sus propios coetáneos. Por lo demás, la otra gran figura romana, el historiador Biondo Flavio, le sirve al autor para ofrecer una atinada aproximación al género historiográfico, ingrediente fundamental de los *studia humanitatis*, así como para elaborar una hermosa definición de las pretensiones de este primer humanismo italiano: “propuesta de la civilización clásica como un paradigma ideal con el que confrontar sistemática y programáticamente la época moderna, no ya para intentar una imposible vuelta atrás, sino para funcionar como estímulo y término de comparación” (p. 150).

En el capítulo dedicado al humanismo de Roma faltaría cierta insistencia en el trasfondo político de algunas actitudes papales e intelectuales. Nos referimos principalmente a la figura de Pío II (Eneas Silvio Piccolomini) y sus afanes de cruzada, sobre todo de resultados de la conquista musulmana de Constantinopla (recuérdese la famosa epístola que envió, sin ser aún papa, a Nicolás V a propósito del acontecimiento, donde incluye la célebre frase: *secunda mors ista Homero est, secundus Platonis obitus*). De hecho, ante la caída de Constantinopla los

⁶ Así lo dice él mismo cuando se defiende de las críticas del propio Niccoli: *Quum in ipsas* (sc. epistulas) *conicerem quidquid in buccam venerat, ita ut etiam quedam vulgaria, quamquam iocandi gratia, inserantur... Scripsi autem illas ex tempore et manu veloci, ut rescribendi neque ocium esset neque voluntas*. Sobre su latín coloquial ha insistido hace poco S. Rizzo, “I latini dell’umanesimo”, en G. Bernardi Perini, ed., *Il latino nell’età del’umanesimo*, Florencia 2004, 51-95.

intelectuales adoptaron, en general, dos opciones: quienes apoyaron la idea de contraataque defensivo (entre quienes cabe situar, pese al *irenismo* platónico que destaca en él Capelli, al cardenal Besarión) y quienes optaron por el entendimiento mutuo y el ecumenismo, como fue el caso del alemán Nicolás de Cusa. Por otro lado, y aunque en la parte romana se trata con precisión y síntesis ajustada la polémica sobre la concepción humanística de la lengua latina de la antigua Roma (si la *lingua literaria* era distinta de la *hablada* o si se trataba de dos *niveles* de una misma lengua), que luego continuaría hasta mucho más tarde, nada se dice de un asunto ya muy estudiado: cómo el ciceronianismo, desde esta época, fue poco a poco amparándose en la corte papal, hasta el punto de que a finales de siglo y comienzos del XVI se convirtió, por así decir, en el lenguaje oficial de la iglesia, frente al *eclecticismo* más propio de erasmistas y protestantes⁷. Aunque el asunto rebasa los límites cronológicos de la obra, podría en todo caso haberse aludido a ello como mero encuadre.

Frente a la primera parte del libro, en que se mezcla más lo descriptivo con lo reflexivo, la segunda se desarrolla de una forma más sintética y enumerativa. En todo caso, el objetivo se cumple nuevamente con creces: el estudio del humanismo en Venecia, Milán, el área padana y, en especial, el Nápoles aragonés queda ajustadamente expuesto y selectivamente desarrollado. En la parte milanese, no obstante, se echa de menos un tratamiento más amplio de humanistas importantes, como por ejemplo Giovanni Lamola (lo que ocurrirá después en el área padana con Giovanni Aurispa). Asimismo, se define a Barzizza como “pionero del ciceronianismo”, etiqueta que convendría matizar para evitar equívocos: el humanista enseñó el método imitativo en su escuela sobre los textos –en especial las epístolas– de Cicerón, pero en sus obras originales fue un autor poco ciceroniano y más bien ecléctico (seguidor, en palabras de Vincenzo Fera, de la “*mellificatio* senequista”). Por otro lado, tampoco se menciona un tratadito *De imitatione* que no llegó a publicarse, pero que se supone compendia sus enseñanzas escolares a tal propósito, centradas en mostrar cómo imitar a Cicerón sin que se notara plagio⁸.

En el área padana, y más en concreto en Bolonia, el autor ofrece una breve semblanza del humanista Filippo Beroaldo, representante primero de un gusto cada vez más *barroco* por la literatura clásica, al que se llegó tras el dominio enciclopédico de la cultura antigua, como se manifiesta de algún modo en Poliziano o también Cortesi. Dice Capelli que Beroaldo viene a representar una suerte de “pastiche lingüístico y estilístico”, si bien destaca por ser uno de los máximos

⁷ Cf. Luca D’Ascia, *Erasmus e l’umanesimo romano*, Florencia 1991.

⁸ Cf. G.W. Pigmann III, “Barzizza’s Treatise on Imitation”, *Bibliothèque d’Humanisme et Renaissance* 44, 1982, 341-352.

representantes de esa corriente arcaizante o apuleyana que, ya en el siglo XVI, se *perfeccionaría* en Battista Pio⁹.

Las páginas dedicadas a Nápoles son posiblemente las mejor trazadas de la segunda parte de la obra. Este “humanismo de importación” es una fiel muestra de cómo dicha corriente cultural se alió con el poder político para defender sus intereses mutuos. Como muy bien compendia el autor, “entre los años sesenta y setenta iba asentándose en Nápoles una tradición de estudios gramaticales ligados a la Universidad, que, junto con la historiografía y la política, constituye una de las señas de identidad del humanismo aragonés” (p. 219). En todo caso, el método vuelve a jugarle alguna mala pasada, pues buena parte de las figuras antes estudiadas residieron alguna vez en Nápoles. Especialmente significativa, a tal respecto, es la magnífica *De dignitate et excellentia hominis* de Manetti, obra que responde al ambiente humanístico napolitano, pero que se estudió ya en el tema primero, dentro del humanismo florentino.

La parte final, como va dicho, se ocupa ya del estudio sintético de las dos más grandes personalidades del primer humanismo, según fundada opinión del autor: León Battista Alberti y Lorenzo Valla. De ambos se ofrece un panorama muy ponderado, que va ocupándose de las facetas y los ámbitos de estudio en que más destacaron por sus obras y trabajos. De Alberti se subraya en especial su “individualidad excepcional”, su carácter enteramente renacentista y sus aparentes contradicciones, pues por un lado adopta una actitud positiva y vitalista, pero por otro presenta un ácido pesimismo y una melancólica desconfianza en el género humano. Si su humanismo *racional* se aprecia en algunos textos morales (*De familia*) o en sus tratados técnicos sobre arquitectura y pintura, la sátira y la censura aparecen con fuerza en sus obras más descarnadas, las *Intercenales* y el *Momus*. Aquí se aprecia ya desde bien temprano el *envés* del humanismo, ese desencanto ante la voluble naturaleza y las asechanzas de la sociedad humana que llevan al hombre a vivir constantemente en guardia, lo que se irá acentuando a medida que pasan las décadas y se manifestará con mayor fuerza en el Renacimiento tardío (Cardano, Montaigne). Si el humanismo quiso destacar la dignidad y la excelencia del hombre, también puso su atención en su desamparo e insignificancia.

Respecto a Lorenzo Valla, de quien se dice con cierto atrevimiento que sea “quizá el mayor filólogo de todos los tiempos”, se explican con justeza y medida los diferentes ámbitos de su trabajo: desde la filología propiamente dicha, en especial la que aplicó a los textos bíblicos y teológicos, como a la famosa *Donación de Constantino*, a la educación de base gramatical, compendiada en las *Elegancias* (por cierto, no se citan por la única edición crítica existente hasta el momento, la de

⁹ Véase, respectivamente, V. Fera, “L’imitatio umanistica”, en G. Bernardi Perini, ed., *Il latino nell’età del’umanesimo*, op. cit., 19; J. F. d’Amico, “The Progress of Renaissance Latin Prose: The Case of Apuleianism”, *Renaissance Quarterly* 37, 1984, 351-392.

López Moreda), o a sus textos históricos, que constituirían una concepción de la historia guiada por el afán de objetividad y no, como se acostumbraba, por la servidumbre a una casa política. La explicación de su método erudito, filológico e histórico, como base de la nueva educación, y la defensa del latín gramatical para la restauración de los valores antiguos están perfectamente sintetizadas en este último capítulo de la obra. Se insiste atinadamente en la valía filológica de Valla, pero tal análisis es el que se ha echado en falta para otros humanistas, pues daría una idea mucho mejor de la evolución misma de la filología desde Petrarca hasta este momento; por lo mismo, no habría estado de más, como mero contraste, alguna alusión al gran filólogo de la segunda mitad del siglo XV, Angelo Poliziano, cuya valía en este terreno nada desmerece del propio Valla. Asimismo, se esperaría alguna referencia a la postura literaria e imitativa de Valla, defensor de un eclecticismo cuya naturaleza expuso por extenso, por ejemplo, en los textos polémicos contra Poggio Bracciolini.

En definitiva, la obra que nos presenta Guido M. Capelli contribuye a mejorar el conocimiento del humanismo italiano en sus orígenes y a valorar en sus justos términos el alcance que tuvo en su momento y la influencia que acabaría ejerciendo en todo el Occidente. Pese a las observaciones expuestas, que han de entenderse como meros apuntes de lector curioso, la obra constituye una buena síntesis que, como tal, selecciona de una forma personal, pero muy ajustada. Aun cuando a veces encontramos ciertas incoherencias metodológicas o algunas asimetrías en el tratamiento de los temas, la lectura de la obra nos da una visión más amplia y, si se quiere, más contextualizada del humanismo: no fueron sus representantes máximos genios innatos o dioses de la intelectualidad, sino personas de carne y hueso que vivieron en lugares y tiempos concretos y que llevaban marcada en su espíritu la huella particular de una época. En tal sentido, quizá la obra comentada habría necesitado unas breves páginas de cierre que sintetizasen del todo y recapitulasen con claridad la concepción del autor sobre este irrepetible movimiento cultural, cívico y pedagógico.

Miguel Ángel GONZÁLEZ MANJARRÉS
Universidad de Valladolid

FRANCISCO GARCÍA JURADO, *Borges, autor de la Eneida. Poética del laberinto*, Madrid, Biblioteca ELR Ediciones, 2006, 130 págs. ISBN 84-87607-17-9.

Mis noches están llenas de Virgilio

Con este verso borgiano inicia Theodor Ziolkowski su ya clásica monografía *Virgil and the moderns* (Princeton, 1993). Sin embargo, en ningún momento se